

UNA EXTRAÑA VELADA

Javier miró a su esposa Daniela, que le mostraba el paquete de cigarrillos vacío, ese gesto le indicaba que debía abandonar su cómodo sillón para salir a la calle a abastecerse de ellos. Quiso negarse, pero la cara que pusieron ella y su amiga Cecilia no le dejó alternativa. Como ya era un poco tarde, decidió ir en auto. Había bebido, pero no se sentía mareado, ni por un instante se le ocurrió despertar a su amigo Pedro, el marido de Cecilia, para pedirle que lo acompañara, pues todos sabían que éste participaba de los primeros momentos, de las muchas ocasiones en que se habían reunido y luego se dormía profundamente en cualquier lugar que lo acogiera. Fuera éste una silla, un sillón o una cama. En esta ocasión había escogido el sofá del living donde los cuatro estaban compartiendo juntos y sus ronquidos le recordaban infructuosas experiencias al tratar de despertarlo. Así que salió resignado, prometiendo volver pronto. Se dirigió entonces al minimarket de la gasolinera que se encontraba a pocos kilómetros de su casa. Compró dos paquetes de los cigarrillos habituales y cuando llegó a la caja, se quedó pensando que otra cosa podía faltar. Cuando por fin y después de hacer un análisis mental del buffet que había visto en la mesita de centro, se convenció que solo faltaban los cigarrillos, pagó y se dirigió al auto. Al llegar a su casa, se extrañó de no ver a nadie en la puerta esperándole para abrir el portón.

– Estarán muy entretenidos– se dijo. Bajó entonces, guardó el vehículo y después de los escasos minutos que le tomó cerrar, se encaminó por el pasillo lateral que conducía al living, no quería molestarlos llamando a la puerta de entrada. Se introdujo entonces por el ventanal, corriendo una de las pesadas cortinas. La música dejaba oír una canción romántica. Desde donde estaba, sin ser visto aún, pudo ver a su esposa

que bailaba en el centro de la sala. Su cabeza parecía descansar en el hombro de su amiga y su boca... su boca se apretaba contra la de ella, en un beso correspondido, apasionado... urgente. Los labios enrojecidos delataban la interminable caricia. Entretanto, las manos de las mujeres se buscaban, recorrían sus cuerpos, se encontraban por debajo de las ropas y él seguía allí. Paralizado, impactado y sintiéndose mareado. Por un fugaz instante pensó en retroceder, esconderse, volver a entrar y llamar a la puerta, pero una oleada de deseo lo invadió. Poseído por extrañas y violentas emociones, notó que su cerebro ya no quería razonar ni admitir que una de las mujeres que bailaban era su esposa, la madre de sus hijos y su compañera. Sólo quería sentir y lo que estaba viendo lejos de desagradarle, le gustaba, vaciaba su ser y sus más íntimos instintos. Arrojado en éxtasis, avanzó. Las mujeres al notar su presencia se soltaron despavoridas, pero él posesionado de esa súbita lujuria no les permitió huir y las abrazó, incitándolas a seguir bailando. Entonces ellas entendieron. Cecilia fue la primera en reaccionar y bajando la mano se apoderó de su entrepierna brindándole unas caricias eróticas que lo embriagaron de placer. Ya no estaba confundido, sabía lo que quería, sabía lo que su cuerpo le pedía. Tras unos cuantos minutos de dedicarse los tres a ese juego inusual de apasionadas caricias. Él las tomó de las manos y las condujo al dormitorio, las cartas estaban echadas, ya nada podría evitar lo que sucedería. Antes de cerrar la puerta miró el sofá, la manta que antes cubría a Pedro estaba en el piso, pero los ronquidos no admitían ninguna duda...su amigo estaba profundamente dormido.

Luego de ese día, la relación entre Javier y su esposa siguió como si nada hubiera pasado. Cada uno realizando sus labores de rutina, jamás hablaron del tema, ninguno

de los dos pretendía abordarlo, como si no hubiera nada que decir, ni nada que reclamar, parecía que íntimamente se hubieran prometido a sí mismos guardar este secreto, esta complicidad que sólo a ellos podría importarles, pero que ambos intuían que aún no había terminado.

Sucedió unas semanas después, Javier había invitado a su esposa a tomar un trago en un Mall cercano, ya llevaban un rato de estar allí sentados, habían salido solos, los niños se quedarían a dormir en la casa de su madre. Conversaron de muchas cosas, rieron, hablaron de sus trabajos, pero su mujer estaba algo ausente. El la conocía, pensaba preguntarle, animarla a hablar de lo que la preocupaba, pero no fue necesario porque de pronto ella dijo:

– ¿Y si fuéramos a buscar a Cecilia? Seguramente estará aburrida, es sábado y Pedro está trabajando ¿Te parece? El no comentó nada y con un gesto de indiferencia le contestó:

–Si tú quieres la vamos a buscar. Ella sonrió levemente y por un momento Javier vislumbró un brillo especial en sus ojos, pero no quiso dar muestras de advertirlo, levantó la mano llamando al garzón, cuando pagó la cuenta, salieron del local, no hacía frío, pero él estaba temblando. Presentía que sucedería de nuevo y no se equivocaba.

Cecilia los esperaba en la puerta de su casa, la habían llamado por teléfono para avisarle, y ella aceptó de inmediato. Volvieron al mismo lugar, casualmente los atendió el mismo garzón, el cual se extrañó un poco de volver a verlos, pero con una amable sonrisa les ofreció un trago “Preparado especialmente para las señoras” y acotó – ¿Un wiski para el señor? Javier se disculpó porque debía manejar. Le trajeron una bebida sin alcohol, con el vaso en la mano observaba a las mujeres. Las notaba chispeantes,

alegres, su esposa ya no denotaba ninguna preocupación y Cecilia como siempre bromeaba, la amiga de su mujer era la reina de cualquier reunión. Con ella nadie podía estar triste, pero los tres no podían disimular que entre ellos existía en ese momento una atmósfera extraña. No estuvieron mucho rato, Javier pagó la cuenta y salieron, cuando subieron al auto Daniela Preguntó:

– ¿Dónde vamos Amor?... Era la lumbre encendiendo la mecha que empezaba a arder bajo el fuego de la pasión, Lentamente sin mirarla, Javier encendió el motor y dijo:

– Las voy a llevar a un lugar más privado. Así, como si todo el tiempo lo hubieran estado esperando, como si cada palabra fuera una señal para retomar lo iniciado. Antes de llegar a destino, detuvo el auto para comprar un par de cervezas, quería beber algo, necesitaba sentir algo de alcohol en su cuerpo. Luego siguieron viaje hasta llegar a un Motel fuera de la ciudad. Pagaron una tarifa especial. No es la costumbre el ingreso de más de dos personas en un auto. Ya dentro de la habitación y después de que la mucama les llevara las bebidas, Javier abrió una lata de cerveza. Bebió de aquel líquido como de una medicina. Se sentía nervioso. Ellas sentadas en la cama le sonrieron cuando le vieron abrir la puerta del baño.

Cuando volvió al dormitorio, las mujeres ya habían empezado el juego amoroso. Ambas desnudas sobre la cama, entrelazadas sus piernas, sus brazos y sus bocas, ni siquiera notaron su presencia. Pero él estaba allí y quería participar. Se desnudó rápidamente y se ubicó en medio de ellas. Allí estaban las dos, gimiendo de placer, dispuestas para él, entregadas al goce. Enloquecido comenzó a recorrerlas. Sus manos expertas se posaron en el sexo húmedo de una de ellas y su boca en el de la otra. Estaba cumpliendo sus fantasías sexuales, pero quería más. Las horas pasaron

lentamente, en la oscuridad de la habitación, donde de vez en cuando se vislumbraban las siluetas al filtrarse la luz de algún auto que ingresaba o salía por las angostas calles del recinto.

Pero todo lo que empieza, alguna vez tiene que terminar (aunque no se lo espere), un sábado temprano, un mes después del episodio del Motel, Javier invitó a sus amigos a un asado, pero antes fue con Daniela a buscar a Cecilia para hacer las compras: En el camino le explicaron que todo estaba ya en la maleta del auto y que era un plan para sacarla de su casa y compartir un rato juntos. Cecilia sonrió maliciosamente. Muy pronto tomaron la carretera y Daniela trabajosamente se pasó al asiento de atrás junto a su amiga que la esperaba impaciente. Javier manejaba despacio, de vez en cuando miraba por el espejo retrovisor y las veía. Habían echado el asiento hacia atrás y se acariciaban desnudas, tendidas en esa especie de cama improvisada que servía tanto para ellas, como para que él exacerbara sus sentidos. Detuvo el auto debajo de unos árboles y temblando de pasión abrió la puerta de atrás, pero las mujeres ya se estaban terminando de vestir y le ordenaron que regresara enseguida. Debían seguir el plan, para no levantar ninguna sospecha en Pedro. Javier quiso protestar, pero ninguna de ellas se prestó a escuchar sus requerimientos. Se sintió vilmente traicionado y su decepción no le permitió disimular su molestia. Aun así, encendió el motor y las llevó a la casa. A pesar de esto jamás imaginó que al día siguiente, Daniela le comunicaría que “esta locura había terminado”, prometiendo que nunca más volvería a suceder y que Cecilia estaba de acuerdo. No sirvieron sus protestas, su enojo, ni el confiarle a Daniela su enorme deseo de continuar con esa placentera fantasía, pues ella no quiso seguir oyéndole. Pero no olvidó su promesa.

Pasaron varios meses, Javier de mala gana aceptó la invitación de Pedro, cuando éste lo llamó para proponerle que se reunieran en su casa. Le aseguraba que esta vez no se dormiría y se mantendría despierto hasta el final de la velada. Acudió con su esposa. El café después de la cena lo sirvieron en la terraza pues allí podrían fumar libremente. Buscó en sus bolsillos...pero no encontró más que las llaves. Daniela lo observaba – A mí también se me quedaron en la casa– le dijo. En ese momento recordó cómo había empezado todo y maldijo con todo su ser no haberse preocupado de los cigarrillos. Miró instintivamente a Cecilia, y ésta observaba expresivamente a Daniela. Volteó entonces para ver a su amigo... Pedro cabeceaba en la silla. Quiso negarse y llevarse a su esposa inmediatamente, pero se levantó de su asiento y caminó sumiso hasta la calle donde tenía su auto. No quiso regresar a su casa y compró en la primera gasolinera que se cruzó en su camino. Luego se dirigió sin rumbo y se detuvo en un recodo del camino. Bajó los vidrios pensativos, mientras encendía la radio lentamente. Echó hacia atrás el asiento, abrió el paquete y fumó uno tras otro, hasta que comenzó a toser. Cerró tristemente las ventanas, volvió a acomodar el asiento. Regresó sin prisa a la casa de sus amigos. Cuando llegó a la terraza, levantó una manta que estaba en el piso y con ella cubrió a Pedro que por supuesto dormía. Carraspeando entró al living, prendió un cigarrillo y lo puso en los enrojecidos labios de Daniela.

– ¡Ya es tarde, volvamos a casa! – le dijo un tanto malhumorado, como pretendiendo dar una orden que nadie advirtió. Luego se despidió de Cecilia rozando apenas su mejilla, intentando demostrar un resentimiento que también pasó desapercibido. Tomó entonces su chaqueta y salió por la puerta en dirección a la calle sin querer mirar atrás. Antes de llegar al auto encendió otro cigarrillo. Sabía ciertamente que su esposa tardaría más que él en despedirse de su amiga.